

—«¡Oh! ¡Calla! ¡Turbas mi pensamiento...»

No se va pero es prudente que viva oculto. En casa del cura no es posible, y tampoco en la de Juan Pedro. Le buscarán un escondijo. Disponen el viaje: marcharse con todas las campanillas, y volver de noche.

Llega con su carro El Josco y éste y su novia, comienzan á cargarle muy de prisa. El mozo dice: «Pilara, ¿qué le digiste á D. Alejo?»—«Que para el domingo han de ir las amonestaciones: la primera y la última.»—«¡Eres el demonio!»—«Hago mucha falta en las Pozas.»

Acto cuarto.

La misma decoración del acto primero, con luz de luna.

Don Elías, con un martillo grande y un farol apagado, y el Berrugo con un rollo de cuerda, aparecen por la parte del pueblo y toman el camino que conduce á la cima del peñasco. El Berrugo se ha decidido al fin, á «partir peras» con D. Elías, porque ir sólo era imposible, y necesita ser, ciento, mil veces más rico para «comprar la justicia y hacer unas leyes á su gusto.» El cura le ha insinuado que si la esclaviza y atormenta, el juez se la quitará de las uñas depositándola para que se case con Tomás; y no le asusta que se lleven á su hija; lo que le asusta es que la bribona tiraría del bolsón; y eso era demasiado. «¡Ah, pillos legisladores! Teniendo camisa que perder, pensarían de otro modo. ¿En qué justicia cabe que la hija que un hombre crió y mantuvo con sudores y fatigas durante veinte años, puede irse cuando le dé la gana, porque así lo deciden un cura de los demonios, un juez sin vergüenza y un indiano canalla?»

Don Elías quiere tranquilizarle y le re-

cuerda «los mares y montañas de oro» que van á descubrir, pero El Berrugo, bastante loco para ir á buscarlos, no ha perdido la razón hasta el punto de olvidar el peligro que sus dineros corren cuando Inés le reclame lo suyo. El médico insiste hasta que logra suggestionarle, y el avaro codicioso delira... «En una semana los carros no cesarán de ir y venir en fila, ¡y todos cargados de ello! ¡Qué curiosidad al abrir caja por caja! ¡Que correr mares de oro por el suelo! ¡Y qué oro! De lo superior de antaño; no del oro de pega que se usa hoy, que tiene una mitad de alquimia. ¿Pues y las piedras finas? ¡A celemines! ¡Y las joyas? ¡A montones!...» «Andarán los hombres á mi gusto y fabricaré leyes á mi antojo... El sinvergüenza del indiano piensa que tengo enterradas las onzas. ¡Necio! Las onzas enterradas no producen, y se dejan ver de ojos de zahorí ratero, como los de La Galusa... ¡Grandísimo bribón! ¿Queréis matarme á disgustos? ¡Antes mandaré daros garrote!»

Y después de atravesar el escenario, mientras hablan, suben la pendiente del camino visible, hasta que desaparecen; luego asoman en la revuelta de más arriba, y al fin, en la cumbre.

Pilara y El Josco abren la puerta de su casa. El viejo no despierta, el cansancio le rinde y se obstina en trabajar, cuando para servirle y atenderle son dos, jóvenes, robustos y piadosos. La tierra le llama y el mar le atrae; morirá, como tantos otros, desplomándose al anochecer en el mismo surco abierto por su mano temblorosa, ó en lucha con la borrasca. ¡El mar! Pilara le odia como á un enemigo que de cerca y á todas horas amenaza, pero comprende que Pedro Juan ha de salir con su padre, aunque á ella le cueste

pesadumbre. Y el enamorado mozo razona: «Si le priváramos á padre del mar, hazte cuenta que le quitaríamos la vida. Lo ves tu encogió, avejentao: en jalando pa lante ¡paece otro! Las fuerzas de la juventud le hormiguean por todo el cuerpo, y cada envite le quita un año. ¡El mar! Le tenemos cariño; y no despreciamos la tierra; ya nos ves trabajarla, dejándole nuestro sudor á cambio de sus frutos. La tierra es el sustento, pero el mar es el sustento... y otra cosa más grande, más honda, que se apega más á la entraña... No acierto á decírtelo... Vamos; que la tierra es como el pan... y el mar es... ¡como tú! Mece, acaricia, consuela... ¡eso! Por un pedazo de pan, yo nunca me perdería; pero ¡por ti!... soy capaz de todo: hasta de una cosa mala. Esto es el mar, para el pobre viejo que no tiene ya otros amores.»

Van sacando los remos y las redes como si fueran á preparar la barquilla, y en esto llega Inés, por el camino del pueblo, presurosa y angustiada. Pilara se asombra al verla, y de pronto deciden que Pedro Juan avise á D. Alejo el cura... y después al de Nubloso que le coge al paso. Luego la moza procura dar ánimos á la señorita, y esta refiere como salió de su casa. La tenían prisionera los malvados, humillándola con faenas ruines, y su padre asintiendo á todo. Se hartaba de llorar sin que ninguno la compadeciese: «La Galusa, estrechando el nudo para que ahogada, me rindiera; Marcones, algó solícito... me repugnaba más que todos. Así he pasado cerca de un mes, y, en ese tiempo, sólo tu sostenias mi esperanza: sin tí me hubiera muerto».—¿Te sorprendieron alguna vez?», pregunta la Pilara.—«Tuve suerte», responde la infeliz. «Mi carcelera me hacía fregar, y cuando enviabais pescado, lo tiraba en un lebrillo

diciéndome con desprecio: límpialo bien. Yo tentaba los peces, hasta encontrar bajo las agallas de alguno el rollito de papel tan ansiado; y leyéndolo, en mi soledad, creía oír la voz enamorada. Parece imposible que un papel tan pequeño encerrase tanta dicha. Cuando lo aprendía de memoria, lo quemaba en la lumbre, repitiéndolo, para endulzar mis tristezas. El me hablaba... pero no hubo manera de que yo le contestase». Añade que después de una visita del señor cura, la trataban con algún miramiento y hasta la dejaron asomarse alguna vez á la solana. «Esta noche, sentí ruido... Mi padre bajó... En la calle, un hombre le aguardaba, y se alejaron... ¡Lo sabría La Galusa? Tuve miedo. Me vestí para escapar, y corriendo, vine á las Pozas, á través de los campos. ¡Qué silencio tan medroso! Me pareció que me perseguían; creí que La Galusa me alcanzaba, dándome un zarpazo en el cuello... Temblaron mis piernas, me faltó aire, tropocé... Al ver tu casa me pareció un palacio, más grande y ostentoso que todos los palacios de los cuentos. Vosotros me defenderéis.»

Cuando llegue D. Alejo que decidan lo que ha de hacer. Trabajar, pedir limosna, tirarse á la ría... Cualquier cosa que no sea verse de nuevo en su cárcel. La Pilara pensando que «hay que atender á todo», saca un peine y alisa los cabellos de Inés con femenil coquetería; luego, la cubre los hombros con un chal, para que no se vean los desgarrones que sin duda las zarzas hicieron en el traje de la infeliz. «Pos dígotte que no estaría bien ahora que *álguien* te viese de la trazuca esa, como si te hubieran sacao con unas trenes del bardal de una calleja... Ni más ni menos, te vió *él*, hija de mi alma, cuando se prendó para siempre de tí.»

Asoman á lo alto de la peña D. Elías y El Berrugo; éste se ata á la cintura un extremo de la cuerda, coje el farol y el martillo y va descolgándose poco á poco, desapareciendo por detrás de las rocas. Don Elías da cuerda y sostiene, agarrándose á unas matas. El Lebrato sale de su casa, y le sorprende lo indecible ver á la hija del Berrugo. Llega Tomás precipitadamente, y tiene, como es natural, con su novia, una escena de apasionada ternura. De pronto, serpentea en el aire la cuerda que sujetaba D. Elías, y éste, convencido de que al peso del Berrugo, se partió, despenando su carga, lánzase camino abajo, y llegan en el silencio de la noche sus voces: «¡Acudid! ¡Por caridad! ¡No habrá un hombre piadoso que lo recoja? ¡No habrá quien se apiade? ¡Acudid; pronto!»

El Lebrato, corriendo al camino, grita: «¿Qué pasa? ¿Quién pide socorro?»—«¡Yo, Juan Pedro! ¡Se le rompió la cuerda! ¡Se ha caído al mar! ¡Corre! Busca entre las rocas.» Al oír esto, el indiano exclama irguiéndose: «¡Lo que temía D. Alejo! La codicia del tesoro. ¡Corramos!»

Y mientras Pilara, sollozando, recibe sobre su pecho la cabeza desmayada y cadavérica de Inés, Tomás y el viejo corren á embarcarse, desapareciendo por el camino de la ré. Hay un silencio lúgubre. Pilara, besando á su amiga, procura consolarla. Inés, arrodillándose, ofrece su martirio, y las dos rezan el Padre Nuestro.

Al ver que se aproximan el cura y el mozo, Pilara les hace señas para que miren por el camino de la ré; Pedro Juan corre á reunirse con Juan Pedro, y el cura sostiene á Inés que se arroja en sus brazos, pidiéndole una bendición para su padre. Tomás reaparece, y D. Alejo le pregunta: «¿Es tiempo de

ir yo?»—«Es tarde para todos,» responde Tomás, que ha visto desde lejos el cadáver con la cabeza deshecha. Y mientras el sacerdote pronuncia con toda solemnidad sus latines, Pilara, uniendo las manos de los novios, murmura: «Era preciso que se mostrase una vez en aquella casa la justicia de Dios.»

El cura se vuelve á ellos con el «Ave María,» y los tres responden piadosamente.

VIII

Tal es el drama como yo lo compuse con elementos de la novela y algunos, muy pocos, añadidos por mí, como la intervención de Pilara en el acto segundo, y la escena que tiene la misma con Juan Pedro y con Tomás en el tercero. Exceptuando esas dos situaciones, todo lo demás, cuando no pude arrancarlo del diálogo del novelista, lo desentrañé de sus comentarios y desarrollos. La obra estaba de prueba, con todos los hilvanes; ahora veremos el juicio que mereció á quien debía con sus pulcras manos respuntarla y lucirla.

Septiembre 3 de 1900.

Sr. D. Luis R. Contreras.

Mi querido amigo: Lleva esta carta mayor retraso del que marca la de usted del 28 próximo pasado, pero culpa ha sido de mi deseo de ganar tiempo exponiendo algo terminante y concreto después de haberme enterado bien del m. s. que recibí por el mismo correo que la carta. Desgraciadamente, no ha dado paso alguno afirmativo mi trabajo y al escribir hoy estos renglones, tengo el convencimiento de que para llevar al teatro La Puchera, como debe llevarse, se necesita un número de actos que no soportaría nuestro público. Lo que usted ha hecho me parece hasta